

de los 200 voluntarios inscritos en el consulado, sólo 114 habían embarcado el día anterior en el *Ciudad de Cádiz*. El embarque comenzó a las 8 de la mañana, pero a causa de la marea hubo de ser suspendido, esperando el barco en la rada, a donde fue transportado el resto de los voluntarios en vaporcitos que salían sin horario determinado, lo que creó bastante confusión. La expedición viajó primero a España, de donde fueron enviados a Cuba para luchar, según el talante todavía optimista del diario, más contra el clima que contra el enemigo.

Al día siguiente, *El Correo* publicó las listas de los embarcados y, en la misma página, la noticia de una convocatoria que Francisco Durán y otros jóvenes españoles dirigían a todas las sociedades españolas para celebrar una reunión el día 6 en la sede del Orfeón «para contrarrestar los trabajos que llevan a efecto los filibusteros en Buenos Aires». Este es el punto de arranque de una Asociación Patriótica Española que más de siete mil españoles juntados en memorable asamblea en la Plaza Eúskara fundaron el 22 de marzo. Sus fines: «1. Responder al llamamiento de la Patria siempre que necesite el concurso, bien personal, bien intelectual o pecuniario de sus hijos. 2. Salir a la defensa del buen nombre y del honor de España, cuando fuere necesario». El concurso pecuniario lo ofrecieron a través de unas perfectamente orquestadas campañas por las que se recogieron, entre 1896 y 1897, unos 2.190.000 pesos moneda nacional con los que se compró a España el *Río de la Plata*, un crucero acorazado de 1.775 toneladas.

IV. Las cartas de los voluntarios

La colectividad española en Buenos Aires, que había despedido con entusiasmo a los voluntarios y recaudado con celo el dinero necesario para construir el crucero, siguió con extremo interés la evolución del conflicto en Cuba. *El Correo Español* contaba con un servicio telegráfico sofisticado, un corresponsal exclusivo en Cuba, Orts Ramos, y redactores como Enrique Vera y González que acababa de incorporarse a la redacción tras varios años de estancia en la isla. Contaba además con otra información de primera mano: la proporcionada por las cartas que envían los voluntarios, y que el periódico comienza a publicar en febrero de 1896, justo cuando la tercera expedición acababa de abandonar Buenos Aires.

En ellas, los voluntarios se quejan frecuentemente de la inactividad, que combaten juntándose al son de una copla; y de las largas caminatas a la caza de los cobardes mambises que nunca dan la cara: «Esto no es guerra ni Cristo que lo fundó», protesta uno que escribe desde el hospital, tras

haber sido herido en el hombro (20 de junio de 1896). Presumen de heroísmo, informando de cruces y otras distinciones que ellos mismos o conocidos suyos reciben. Así nos enteramos de que el señor Gómez, un vasco de 49 años, fue condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando (21 de junio). Otro cuenta cómo él todavía no la ha recibido: «Tengo tres cruces de mérito militar y voy en busca de la laureada» (18 de octubre). La situación de los rebeldes es tan penosa que se alegran de caer prisioneros porque eso al menos les da derecho a comer. Uno de los voluntarios no resistirá la tentación de preguntarles por qué no se rinden, si pasan tantas calamidades; la respuesta: «Porque e generá Veyle afusila a tos los moreno» (11 de julio). No es ésta opinión que compartan los expedicionarios, en cuya cartas Weyler queda reflejado como enérgico con los intransigentes pero magnánimo con los dispuestos a deponer las armas.

Relatos de combate directo se narran en torno al de Carajícara: uno de los voluntarios, Juan Manuel Martínez, fue el primero en pelear cuerpo a cuerpo en las trincheras enemigas, entre los gritos de los mambises, «¡Al machete! ¡Al machete!», aterradores frente a los sobrios «¡Viva España! ¡Viva Cuba española!» de los soldados. En esa misma carta se hace también recuento de bajas: 120 muertos y 307 heridos entre las huestes «libeladoras», 127 muertos y 63 heridos entre los «nuestros» (5 de agosto). Otro voluntario que destaca con nombre propio es José Pérez Miguelini, oficial de Bomberos en Buenos Aires, que abandonó una brillante carrera en este cuerpo para pelear en la manigua como simple soldado. Hermano del teniente coronel primer jefe de la Guardia Civil en Puerto Rico, se negó a que lo nombraran oficial aduciendo que había ido a Cuba a ofrecer su sangre por la patria, no a hacer carrera militar, y rechazó ascensos que se le propusieron. En campaña se distinguió por su coraje, que le valió cinco cruces pensionadas (21 de julio). *La Lucha* de La Habana informó más adelante que se había pasado al campo insurrecto en Sagua la Grande, acompañado de treinta y tantos hombres de una guerrilla de la que él era jefe; su crueldad era legendaria, macheteando incluso a los soldados enfermos. El *Courier des États Unis* añadiría más tarde que había sido capturado y sometido a Consejo de Guerra. *El Correo*, que dolorosamente recogió estas informaciones el 24 de septiembre, se negó a darles crédito, considerándolas, como tantas otras, «comedias» de *laborantes*.

Los grandes periódicos bonaerenses no prestaron mayor atención a la actuación de los expedicionarios que partieron del Río de la Plata a excepción de *La Nación* del 18 de octubre de 1896 que reprodujo un escueto telegrama que indicaba que eran tenidos en Cuba como pependencieros e inútiles y que acabaron en grandes números en el hospital o en la cárcel.

A mediados de abril de 1898, la guerra de Cuba se transforma en la guerra cubano-hispano-norteamericana. La colonia, que parecía agotada por la extenuante campaña de la suscripción probarco, saca fuerzas de flaqueza. La Asociación Patriótica lanza el 10 de mayo su consigna: «Es preciso[...] que mandemos a España nuestras riquezas, y si fuera posible, nuestra sangre». Y a España las riquezas se mandan: el 6 de mayo, el primer millón de francos; el 17, el segundo; el 8 de junio, el tercero. Un total de 5.531.250 pesetas, que si se juntan a las 1.843.750 enviadas desde el Uruguay representan aproximadamente el 35 por ciento de todo lo recogido por la Comisión de Suscripción Nacional de Madrid hasta el 18 de junio.

La sangre se ofrece. Tan sólo del interior, y hasta el 23 de abril, más de doscientos habían escrito a *El Correo* pidiendo que se les alistara como voluntarios. En la capital, muchos más, deseosos de alistarse, acudieron a las oficinas de la Patriótica a pedir instrucciones. En un primer momento, la asociación optó por no ocuparse del asunto «porque la publicidad puede ser perjudicial». Más adelante, se limitó a tomar nota de los innumerables ofrecimientos. El 30, *El Correo* insiste en que no hay posibilidad de enviar voluntarios a Cuba y que en esos momentos la manera más patriótica de contribuir al esfuerzo bélico es con donaciones a la Suscripción Nacional. Más de diez mil solicitudes se habían presentado, según comunicación del entonces recién llegado ministro de España, Julio de Arellano y Arróspide, al ministro de Estado el 20 de abril de 1899. La Patriótica ofreció pagar los gastos para su envío. «La respuesta oficial del Ministro Plenipotenciario de Su Majestad, que tengo a la vista, fue que el Gobierno de Su Majestad prefería se entregaran recursos en dinero, no necesitando el contingente de soldados y voluntarios que se ofrecieron».

V. Una espléndida manifestación de patriotismo

«La abnegación con que todos han procedido raya en lo inverosímil y causó aquí [en Buenos Aires] general estupor», había escrito el 1 de febrero Arellano a Madrid. Según el mismo, se trató de una «espléndida manifestación de patriotismo» sin paralelo ni en la misma España ni en el resto de las colonias de emigrantes. No dejó, sin embargo, mayor huella en la historiografía posterior. Ni siquiera la destacan aquellos escasos autores que mencionan la contribución de la emigración en América a la causa española. Así, por ejemplo, cuando José Francos Rodríguez (1931, p. 130) recuerde *El año de la derrota*, no dará más importancia a la aportación de la colonia argentina a la Suscripción Nacional que la que da a la chilena.

Para Joseph Smith, autor de uno de los últimos trabajos sobre la guerra hispano-norteamericana (1994, p. 228), la aportación monetaria de la colonia de México a la causa española destaca por encima de la de Buenos Aires. No sólo la historiografía posterior, ni la misma prensa española del momento le dio importancia. *El Correo* de 10 de julio de 1898 lo registró, con amargura: «Ya no se maravillan los periódicos madrileños de que los españoles en la Argentina envíen millones a la Patria. Están acostumbrados y reciben la noticia con indiferencia. Lo decimos porque, por más que hemos revisado esos periódicos, no encontramos en ellos suelto alguno referente al tercer millón de francos remitido». Por esa misma indiferencia, interesa examinar ahora el patriotismo del que hicieron gala los españoles en el Plata comparándolo con el que se generó en la propia Península.

No fue la guerra de Cuba particularmente apoyada por las clases populares en España. Obviamente, la gente llana consideraba Cuba como parte de España, que merecía defenderse. Dejan constancia de este sentimiento coplillas anónimas, algunas de las cuales, como esta que reproducimos, fueron populares también en el Plata (*A España...*, 1898, p. 138):

El que diga que Cuba se pierde
mientras Covadonga
se venere aquí,
es un *pillo, traidor, laborante,*
canalla, insurrecto,
cobarde, mambí.

Pero los voluntarios que parten de la Península tienen poco en común con los que fueron del Río de la Plata. Se constituyeron aquellos batallones de voluntarios por iniciativa de los obispos de Oviedo, Valladolid, Córdoba y otras ciudades, pero los soldados que los formaban eran los de las quintas. El dinero con que se los equipó procedía de suscripciones en las que la mayor cantidad era donada por diputaciones y ayuntamientos que previamente habían solicitado autorización del ministerio de Gobernación para consignar en sus presupuestos las cantidades con las que se suscribían. Gran parte del dinero que engrosó las arcas de la Suscripción Nacional tenía la misma procedencia. Como hemos visto, no fue así en el Plata. ¿Qué fuerzas impulsaron el entusiasmo de esos emigrantes?

La prensa porteña creyó ver a estos voluntarios como arrastrados por la fuerza de un arrebato impremeditado. Tal aserción resulta infundada. *El Correo* señala cómo, tanto el cónsul en Buenos Aires como los vicecónsules en provincias pusieron cuantas trabas pudieron al enrolamiento de